

Pueblo invisible Cap 4

José Manuel Gasulla



Capítulo 1

4 ZALMAR EN PETHLAKU

Los guardias de la inmensa puerta de la muralla, acostumbrados al continuo ir y venir del buhonero, lo miraron con indiferencia y lo dejaron pasar sin dignarse tan siquiera en responder a su saludo.

No tuvo que preguntar nada. Sabía perfectamente donde estaba situada la casa de Poltreides. Se situó adecuadamente con el carro y su asno frente a la casa y empezó a pregonar a voces las grandes virtudes de su mercancía. Esperó pacientemente hasta ver salir a un niño de unos once años. Tranquilamente, le hizo un gesto, invitándole a aproximarse. El muchacho lo miró con desconfianza, pero viendo que la gente transitaba por la calle, no mostrando hacia él más actitud que la indiferencia, decidió aproximarse. Fingiendo mostrarle un cazo de latón, le dijo en un susurro:

Dale esto a tu madre de inmediato. Por favor, es muy importante, pero conserva la calma. No corras, ni me mires demasiado. – y le colocó en la mano un papel arrugado.

El chico hizo lo que decía el desconocido. Su madre Altahira tomó la nota y en el acto reconoció su antiguo código. No tardó demasiado en descifrar el mensaje:

“Corréis grave peligro. Salid de la ciudad todo lo rápido que podías. Confiad en el hombre que os ha entregado la misiva y haced lo que os diga por extraño que os parezca. Coge la bolsa que solo tú y yo sabemos dónde está”

Miró por la ventana del piso alto, vio el carro y al buhonero enfrente de su casa, parados en la polvorienta calle. Decidió ponerse de inmediato en movimiento. La nota era suficientemente clara y, sobre todo, alarmante. Sin embargo, conservó la calma y salió aparentando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.

Buhonero ¿Qué debemos hacer?

Finge examinar mi mercancía. Pero escucha atentamente – le respondió, en voz muy baja. - En el carro hay un doble fondo. No es muy grande, pero es lo que hay. Dentro de un rato, el sol estará en el cenit. El calor será insoportable. La calle estará desierta. Cuidando de no ser vistos, los tres os introduciréis en el escondite. Lo demás ya es cuenta mía.

Después de vigilar ambos lados de la calle, varias veces y comprobar que nadie transitaba, Altahira avisó a sus hijos agazapados al lado de la puerta

y los tres se precipitaron al fondo estrecho del carro.

Zalmar esperó unos instantes, que parecieron eternos y de una forma hartamente convincente, viendo que no había clientes posibles recogió su tenderete y de forma cansina, azuzó a su burrito y emprendió su marcha lenta hacia las puertas de la ciudad.

Al pasar frente al cuerpo de guardia, expresó con una cara compungida y pesarosa:

Mal día, amigos. Mal día, ni una triste venta. No he ganado ni un miserable cobre en toda esta calurosa y nefasta jornada.

Su tono y su actitud eran tan penosa, que incluso los altivos guardias lo miraron con cierta aflicción. Y como era de esperar permitieron su paso sin registrar nada.

Salió de la ciudad tirando lentamente de su asno, a paso cansino. Pero apenas las colinas ocultaron la visión de la ciudad aceleró la marcha todo lo que el animal era capaz de resistir.

Pronto el paisaje discurrió entre escarpados farallones de roca y profundos barrancos al tiempo que se hacía más estrecho...

Alteza, ni rastro de las expediciones enviadas a las tierras de Norte... No hay noticias.

¿Y Poltreides? ¿se sabe algo de él y de su destacamento? – inquirió Ranavalon de muy mal humor.

Nada, mi señor se internaron profundamente en los bosques norteños, pero ni un mensajero, ni un halcón. Ninguna noticia... - respondió visiblemente nervioso el informante.

Humm. O han muerto todos o han desertado. Ochoientos hombres no pueden desvanecerse en el aire sin más... En cualquier caso. envía una patrulla a casa de Poltreides y tráeme a su esposa e hijos. Los alojaremos en una celda aquí en palacio... Solo como precaución.

Cuadrándose de forma exagerada el Rab-kisi, exclamó.

Así se hará de inmediato, Alteza. - Y dirigiéndose al rab-eserd - Ya has oído ¿Qué esperas? Coge tus diez hombres y procede de inmediato.

Salió el grupo a toda prisa. Al llegar a la casa de Poltreides les sorprendió la quietud y el profundo silencio. Llamaron a la puerta, cada vez con más insistencia y al no obtener respuesta la derribaron con fuertes golpes de hacha. Una rápida pero severa inspección mostró que la vivienda estaba

en orden, pero que en su interior no había nadie.

Tenemos un grave problema – expresó sus pensamientos en voz alta el Rab-enserd.

Preguntaron a todos los transeúntes, vecinos y tenderos que tuvieron la mala fortuna de encontrarse con ellos. Peri ni amenazas ni ofertas de jugosas recompensas consiguieron el más mínimo detalle. Nadie había visto nada. Nadie sabía nada.

Como última opción se dirigieron a la puerta norte de la ciudad, donde interrogaron a los dos guardias Nada sabían, excepto que el día anterior poco antes del crepúsculo había salido el habitual buhonero con su burro y su carro cargado de enseres.

Así pues regresaron a palacio e informaron.

Y ¿a ninguno de esos imbéciles guardias se le ocurrió registrar el carro de ese buhonero? – exclamó rojo de Ira Ranavalon – Rápido que salgan patrullas en su busca, no puede andar lejos... y no volváis sin él... sin ellos.

Zalmar observó el recodo del riachuelo que discurría tumultuoso, por debajo de un talud muy pronunciado de unos ochenta pies de longitud. Paró el carrito y bajando, abrió el oculto doble fondo.

Es hora de salir. A partir de ahora seguiremos a pie... - soltó los arreos del burro y lo azuzó para que echase a correr. El animal se alejó y en un pequeño prado empezó a pastar tranquilamente.

Ayudadme – les gritó – mientras empezaba a empujar con todas sus fuerzas el carro, con la clara intención de despeñarlo por el escarpado talud.

Con un espantoso estruendo de maderas rotas, cacharros de barro que se hacían añicos y sonidos de latón rebotando por las rocas, el carro fue a parar al cauce del riachuelo.

Ahora caminaremos lo más rápido que podamos por ese sendero – advirtió.

¿Qué sendero? – repuso Altahira, inspeccionando atentamente los lindes del camino.

Entre esos matorrales hay uno. Es muy estrecho y hay que ir con mucho cuidado porque el suelo está formado por enormes piedras sueltas. Lo cual es peligroso pero muy útil, no dejaremos huellas. Entre los soldados hay muy buenos rastreadores, y no tengo ninguna intención de facilitarles

su tarea.

Ni las cabras pasarían por aquí, llamar a esto sendero es más que optimista. –expresó Altahira resollando a causa de la rápida y dificultosa marcha– desde luego se lo pones difícil a nuestros perseguidores.

Después de varias horas de penosa ascensión, llegaron a una extensa pradera donde crecían altos matorrales.

A partir de aquí será más fácil – dijo Zalmar – ¿Veis ese bosque al otro extremo, hacía el norte?

Sí – respondió la mujer.

Cuando lleguemos al cobijo de los arboles descansaremos y comeremos algo – anunció Zalmar.

Si no fuese por la nota de mi esposo, jamás habría confiado en ti... ¿de verdad puedo hacerlo? ¿porque haces esto?

¿hacer? ¿el qué? Salvar vuestras vidas, supongo que querrás decir. Se me ha encomendado esta misión por alguien que ha prometido vuestra seguridad a tu marido. Alguien que sabe muy bien como las gasta vuestro Rey. Se mueve en la sombra pero es mucho más poderoso de lo que nadie puede imaginar... y mucho más sabio, también.

¡Cuánto misterio! – exclamó sinceramente sorprendida Altahira.

Comed deprisa, debemos seguir nuestro éxodo, Aún nos quedan dos jornadas para llegar a nuestro destino.

La patrulla informó a Ranavalon en los siguientes términos:

Majestad, se ha hallado el carro de buhonero, en el riachuelo totalmente destrozado con todos lo que queda de sus enseres. No hay rastro del conductor ni de posibles ocupantes. Tampoco se ha encontrado ningún cadáver. Solo el asno correteando suelto y desorientado a unas dos leguas de distancia de los restos del carromato.

Los rastreadores que hagan bien su trabajo que busquen la más ínfima pista por los alrededores de carro... - ordenó de forma muy imperativa Ranavalon.

Así se ha hecho, sin resultado. Se han examinado minuciosamente todos los senderos cercanos al lugar, incluso se ha seguido en ambas direcciones el cauce del riachuelo sin conseguir localizar la más ligera

huella...

Seguid buscando- gruñó el rey – Y la próxima vez ofrecedme buenas nuevas.... Exijo resultados o...

- Acamparemos aquí – afirmó Zalmar – Es un buen lugar para pasar la noche. Este claro parece seguro. Cenaremos algo frío y descansaremos...

Haré un buen fuego – repuso Altahira, empezando a buscar pequeñas ramas.

Nada de fuegos. El fuego hace humo y este puede ser visto desde muy lejos. Los rastreadores de Ranavalon son demasiado eficaces para arriesgarse lo más mínimo. Cenaremos viandas frías.

Pero los animales salvajes de la floresta pueden atacarnos – objetó el niño.

No. Yo me ocuparé de ellos, si acaso aparecen. Montaré guardia toda la noche. Vosotros descansad. Si mañana avanzamos rápido, llegaremos a nuestro destino antes de que anochezca.

Apenas el cielo se pintaba de tonos añiles anunciando un nuevo día, Zalmar despertó a sus compañeros de viaje.

Venga si nos apresuramos, esta noche cenareis calen tinto y dormiréis en cómodas camas – dijo intentando motivarles.

Anduvieron por el bosque cuyos árboles eran cada vez más altos y los matorrales más espesos. Zalmar parecía encontrar caminos donde no los había. Finalmente, exhaustos llegaron a unos farallones rocosos de considerable altura. Sin vacilar Zalmar se dirigió a una pequeña oquedad invisible por los arbustos.

Por aquí – indicó. Después de seguir un estrecho sendero encerrado entre dos paredes rocosas llegaron a un verde prado donde oculta entre los árboles se distinguía la silueta de una cabaña de madera. De su chimenea salía una ligera columna de humo. – Hemos llegado a nuestro destino.

Trigais les esperaba en la puerta y con un gesto amable los invitó a pasar. La cabaña era rústica, sencilla pero confortable. Una mesa dispuesta mostraba unos humeantes platos de sopa, también unas jarras de agua y alguna de cerveza, aparte de otros manjares.

Comed. Seguro que estáis más que hambrientos.

Se sentaron los cinco a la mesa y empezaron a comer ávidamente.

Altahira preguntó:

¿Dónde está mi esposo, Poltreides?

Desgraciadamente no ha podido esperar hasta vuestra llegada. Tiene una delicada y urgente misión que cumplir.